

Un precursor del humanismo peninsular: Felipe de Malla

Bueno será aprovechar la oportunidad que me brinda este merecidísimo homenaje al prof. Dr. José Guillén para presentar la figura de un capitular de la Catedral de Barcelona que en su tiempo fue una avanzada peninsular del humanismo en una tendencia que no llegó a cuajar, al menos en la dirección exacta en que se insinuó, por falta de discípulos y seguidores, lo cual debe achacarse a que chocó seguramente con el mundo, tanto cortesano como intelectual que le rodeaba, poco propenso, como veremos, a dar a las humanidades un papel tan central en el pensamiento teológico como el que proponía Felipe de Malla¹ (circa 1375-1432), personaje al que nos referimos, nacido de una noble familia barcelonesa procedente en alguna de sus ramas de la levítica ciudad de Vic.

Tras estudiar en Barcelona los rudimentos de la carrera sacerdotal, muy pronto se traslada a París, cosa infrecuente en aquellos tiempos, donde primero estudia, y luego ejerce de profesor, siempre amparado por Pedro de Luna, el futuro Benedicto XIII, que encontró en la familia de los Malla un buen valedor en tierras de la corona de Aragón. Felipe de Malla fue secretario de cartas reales en la corte del último rey de la dinastía catalanoaragonesa Martín I el Humano. Luego fue diputado en las Cortes de Tortosa y de Alcañiz que prepararon el compromiso de Caspe, y los dos primeros reyes de la nueva dinastía de Antequera que reinaron en el

¹ La figura y la obra de Felipe de Malla no ha sido estudiada y expuesta a fondo hasta ahora mismo: Martín de Riquer, *Historia de la Literatura Catalana III* (Barcelona 1964) pp. 387-425, y principalmente Josep Perarnau, *Felip de Malla. Correspondencia política* (Barcelona 1978). Esta obra contiene exhaustivamente toda la bibliografía referente a este autor.

reino de Aragón le dispensaron también su confianza: Fernando de Antequera le envió como embajador de la Corte catalanoaragonesa a la corte de Inglaterra, y fue recibido en Windsor con pompa y esplendor.

Viajó por Inglaterra hasta Escocia, completando sus conocimientos de Europa, pues viajó también dos veces a Italia, una a Roma y otra a Nápoles, aunque el punto culminante de su actividad diplomática lo alcanza cuando Alfonso el Magnánimo de Aragón le manda al Concilio de Constanza como representante de la corte catalanoaragonesa. En la disputa del cisma de Occidente siempre se había mostrado partidario del Papa Luna, quizás en pago de la protección que éste le dispensara en sus años jóvenes, principalmente en su etapa parisina, pero el giro de la corte catalana le obliga, y ahora interviene eficazmente en la solución del cisma. Su dedicación a ello fue tan notoria, que el papa Martín V le encargó la homilía del pontifical (conservada en las actas del Concilio) con que se cerró el concilio. El cronista Jerónimo de Zurita dice de esta homilía que fue pronunciada «con divina elocuencia», y un historiador de la literatura catalana tan competente y fundamental como D. Jordi Rubió dice que la figura de Felipe de Malla es comparable a la de los cancilleres de las cortes italianas del Renacimiento². Pero a pesar del favor que le dispensó, las relaciones de Felipe de Malla con el rey Alfonso el Magnánimo siempre tuvieron un punto de desconfianza, y hacia 1420 el canónigo de la catedral de Barcelona pierde el favor real. Por aquel entonces empieza su dedicación a la literatura; empieza a redactar su obra monumental, *Memorial del peccador remut*, la única que escribió, un enorme tratado teológico que constituye una aportación incomparable al pensamiento catalán (y peninsular) desde un ángulo teológico y humanístico verdaderamente insólito en su tiempo en los ambientes en que el pensador vivió.

El texto del *Memorial* se conserva en dos manuscritos, el 465 de la Biblioteca de Catalunya, y el 159 del Archivo Catedralicio de Valencia, de modo que el manuscrito catalán contiene la primera parte de la obra y el valenciano

² J. Ruiz Calonja, *Historia de la Literatura Catalana* (Barcelona 1954) p. 210.

la segunda, si bien el máximo estudioso de la vida y obra de Felipe de Malla, el Dr. D. José Perarnau, opina que el texto del manuscrito valenciano fue redactado en primer lugar, y a continuación del manuscrito barcelonés. Hay dos ediciones incunables del texto del *Memorial*, de las cuales la segunda reproduce exactamente el texto de la primera. La primera se realizó en Gerona en 1483, y la segunda, posiblemente por el mismo editor gerundense, pero ahora editada en Barcelona, en el año 1495. Modernamente el texto del *Memorial* está en curso de publicación, en la colección barcelonesa «Els nostres clàssics» de la editorial Barcino por quien esto escribe.

El *Memorial* es un tratado teológico de altos vuelos, cuyo tema central, no único, es la redención del género humano por Jesús, el Cristo. Felipe de Malla piensa, algo escotísticamente, que la encarnación de Cristo se debe al pecado original, y que si éste no se hubiera dado, Cristo no se hubiera encarnado.

El primer capítulo del *Memorial* presenta en resumen lo que será la obra y no resulta desencaminado pensar que en él tenemos, al menos básicamente, el texto del sermón que nuestro autor pronunciara el Viernes Santo del año 1419 ante el rey Alfonso el Magnánimo en la capilla de santa Águeda, la del palacio real de Barcelona a la sazón. Este capítulo expone la magnitud de los dolores de la Pasión, su rigor, y exhorta a los fieles cristianos a sentimientos de compunción por el pecado actual. Los capítulos siguientes insisten en el tema desde diversas perspectivas, y a partir del séptimo la obra entra en sus vías definitivas: el autor se propone la cuestión de si para redimir al género humano fue precisa la muerte y la pasión del Señor, o si un solo acto de su divina voluntad hubiera bastado.

El planteamiento del problema es meramente teórico, naturalmente, pues se cuenta de antemano con la solución teológicamente cierta de que la menor moción de la voluntad del Señor Jesucristo hubiera bastado para la redención. Pero en el capítulo séptimo, y ya hasta el final del manuscrito de Barcelona, el problema se debate en una disputación teológica al modo de las medievales, reflejadas muchas veces en obras de la escuela de san Bernardo para

dirimir diversas cuestiones dogmáticas o morales. Se establece pues esta disputación, de la que el autor describe minuciosamente el marco, que bien podría ser, imaginariamente, la misma catedral de Barcelona; como defensora de Jesús, es decir, como representante de la tesis de que él no ha de sufrir Pasión y muerte para redimir al género humano, salva siempre la voluntad de Dios Padre, aparece la Virgen, que desde ahora protagonizará, incluso materialmente, el papel principal del *Memorial*; como defensores de la tesis opuesta aparecen todos los personajes relevantes del Antiguo Testamento, debidamente ordenados y clasificados, patriarcas, profetas, reyes, jueces, mujeres (Sara, Raquel, Judit, Ester...).

La cantidad de personajes que discurren por el *Memorial* es verdaderamente impresionante. Y sus argumentos no se repiten; arrancan todos de su lugar de la Escritura, y a partir de él montan sus pruebas especulativas y escriturísticas, con lo que Felipe de Malla demuestra conocimientos excepcionalmente amplios y profundos de la ciencia teológica de su tiempo en el sentido más extenso de la palabra. En un catalán terso y pulido, tocado alguna vez de alientos retóricos, Felipe de Malla va exponiendo sus desarrollos; la Virgen, en la defensa de su divino Hijo, recurre a las virtudes teologales, cardinales y morales, que, personificadas, abonan también las tesis contrarias a los deseos de la Virgen. Y es admirable, y hay que leer el hermoso texto catalán para aperebirse de ello, la manera como Felipe de Malla sabe conjugar el amor que las virtudes, naturalmente, sienten por la Virgen, y la precisión, en que se ven de defender la redención por la pasión y muerte del Salvador. Artificio retórico muchas veces, pero sólo en la superficie; hondura teológica que lo sustenta y rigor escolástico que delatan, en ello, al autor como mirando hacia atrás, hacia la alta Escolástica, que debió estudiar primero en Barcelona y luego, y de manera muy definitiva, en París.

Pero hasta aquí, esto se podría encontrar en cualquier autor de la época, y no merecería quizás la pena su aducción por el motivo que fuese.

Lo verdaderamente notable son las citas de autores paganos además de las de Aristóteles, normales en esta

clase de obras). Encontramos textos de Séneca (bastantes, incluso de las tragedias), de Salustio, de Virgilio (de éste, además, reminiscencias literales de sus obras), de Horacio, de Ovidio, de Valerio Máximo, de Vegecio, de Simónides, de Homero. Naturalmente, Felip de Malla no leyó nunca una obra completa de ninguno de estos autores, de cuyos textos dispuso por medio de florilegios y centones que llegaron a él por los centros universitarios que frecuentó; bastantes de las citas son inexactas en el tenor literal, de atribución equivocada (o bien de libro o bien de autor) o simplemente falsas. De la situación de la época no se podía esperar algo distinto.

Pero lo notable y decisivo es que frecuentemente estas citas no son un relleno o un mero aparato erudito, sino que hombre con hombre se equiparan a textos escriturísticos o patrísticos para intervenir radicalmente en una argumentación teológica. El valor que les da Felipe de Malla no es, por descontado, el de un texto inspirado, pero el teólogo barcelonés quiere hacer ver la convergencia de la razón natural con la doctrina revelada, que entre ciencia y revelación no hay contrariedad, sino todo lo contrario. Veamos algún ejemplo.

En el folio 17a, capítulo segundo del manuscrito de Barcelona, quiere demostrar el autor que el amor humano cuando se desvía de sus cauces normales lleva a la pérdida, y para ello se sirve de dos textos, uno bíblico y otro de Séneca, con la particularidad de que da en primer lugar el pagano: «O folla amor, qui los coratges molls veixes en tantes guisses, si tant pot, a son dia, vici vituperós que altera persones e fa menysprear delits, repòs e vida! E no u farà virtut? Sí farà bé, si de aquella te abrigues, *quia virtutis est domare qui cuncti pavent senece tragedia prima*. Virtut es una spurna celestial per la qual ab novells motius l'esperit humanal en tots fets bells e àrduus se governa. Donchs pensa que est inexcusable si't dónes ara a peresa e oci, car en totes coses deu hom guardar lur temps: *omnia tempus habent tempus pascis (sic) tempus belli*».

Otro ejemplo: La Virgen María habla a Moisés y le dice que debiera apiadarse de los dolores de Cristo en la cruz: «E vós, amich Moysès, qui axí mateix venits ab la

creu, qui tantes tribulacions havets per Déu soffertes en tots affanys en terra de Egipte e de Jessén e de Madian e en lo desert, quan menàvets lo poble a vós tant adversant, deuriets haver pietat de les mies, les quals són tan extremes. Car sap haver compassió de mesquins qui és estat trist e miserable, *juxta illud Didonis apud Virgilium: non ignara mali miseris succurrere disco...* Ja sabets que a l'afflicte no li deu ésser afflictió donada e vós Moysès, comportàs vostre frare, no volent-lo reptar com lo veés tribulat per la mort de dos fills, Nadab e Abiüd (*Levitici 5*)».

De modo que Felipe de Malla incorpora plenamente la sabiduría pagana en la especulación cristiana. Ello se oponía directamente a las corrientes más en boga por aquel entonces en París, encabezadas por el teólogo escolástico Gerson. Se pensaba en estos amplios círculos que la sabiduría de la antigüedad clásica sólo servía de relleno erudito, y podía, a lo más, apoyar alguna recomendación de tipo moral³.

Felipe de Malla se opone a esto y va aún más allá. Hacia el final del texto del manuscrito barcelonés de su *Memorial* nos propone, en una bien pensada progresión, unas profesiones de fe cristiana en boca de filósofos antiguos, no en el sentido de que se declararan cristianos, desde luego, sino de que habían conocido y valorado el contenido de la fe cristiana: en la culminación de este proceso, que podemos llamar piramidal, Aristóteles hace converger el Dios de la Biblia y el de su filosofía (el del primer motor inmóvil):

a) Dice Pitágoras (169a): «yo són stat home speculatiu, he conegut Déu, del qual per tal com era massa luny de natura humana, he plaer que sia humanat, per tal que aquella humanitat sia via per venir a Déu».

b) Dice Sócrates (ibid.): «aquell mestre president que veig seure en aquesta cadira ha mon enteniment il.lustrat de alta conexença de la divinitat en la lum de natura sobre mi signat... Yo, qui no són res en sguart del poderós Messias, he gossat amprenre de morir per virtut, ço és, per confessar un Déu de natura».

3 J. Perarnau, *Felip de Malla. Correspondència política...* pp. 51-55.

c) No doy literalmente la cita de Platón, porque es muy prolija, pero dice en resumen: que originariamente le pertenece a él la sentencia *in principio erat Verbum*, que ha invocado y ha conocido a Dios, de quien dice que es Espíritu y Vida, primera causa y regla del mundo. Afirma haber leído los profetas del Antiguo Testamento, y de haberse enterado a su tiempo de las palabras de Dios dirigidas a Moisés en la zarza ardiente *ego sum qui sum*. Y ordena poner en su epitafio: «Yo, Plató, crech que lo fill de Déu naixerà de Verge e per lo humanal linatge sofferrà passió».

d) De Aristóteles ya hemos dicho lo que hay.

Esto, tan esquemáticamente esbozado, es importante en la historia de la teología, y en general del pensamiento peninsular. Sin embargo, Felipe de Malla fue poco leído incluso en los ambientes cortesanos, en los que debió leerse más su obra, y nada en los extracortesanos, principalmente porque nuestro autor no se dedicó a la docencia, sino a la política, y así no hubo quien leyera sus textos por obligación. La eclosión plena de este pensamiento, único en la historia de las literaturas peninsulares, se dará unos cien años más tarde, en el humanismo católico de santo Tomás Moro y principalmente en el de Erasmo de Rotterdam. También arranca de París, y de los años que en la Sorbona residió Felipe de Malla, pero estas corrientes en su progresión hacia el sur murieron de muerte natural (no que las matara nadie), en cambio, en su vía ascensional hacia el Norte fructificaron y dieron una espléndida floración, a la que no fue ajeno el humanista Luis Vives, quien no bebió directamente, sin embargo, de estas fuentes catalanas (que le hubieran sido muy accesibles por el idioma) sino de las corrientes que las inspiraron, y que hallaron en España fuertes recelos y reticencias que obligaron al humanista a emigrar. Pero sería interesante e instructivo un estudio comparativo de los pensamientos de Felipe de Malla y de Luis Vives, a pesar de la distancia cronológica que los separa.

MANUEL BALASCH
Cornellá de Llobregat